UNIVERSIDAD DE LEON 13-3-97

Cuando estos señores de la Universidad me concretaron la cita de este año, que ya teníamos apalabrada desde anteriores celebraciones de su fiesta, se sugirió "Literatura y creación" como tema. Al final me dijeron que "Memoria y creación literaria". Para mí, el asunto varía muy poco. "Lo que no es tradición es plagio", repetimos mucho la frase de D'Ors, y tradición denota en su etimología transmisión y entrega. Lo que no fuese memoria -así en la literatura como en la vida-, no sería. Esto lo pienso yo, sin necesidad de mentores. Todo lo que hacemos y decimos y pensamos viene desde algo o desde alguien en el vehículo de la memoria, y la labor del escritor es recrearlo con su propio genio y pasárselo a otros para tratar de que lo acepten, en mayor o menor grado, en el ordenador misterioso de la memoria.

Sobre esta base en la que sitúo a la generalidad de los escritores, podrán distinguirse, esto sí, géneros, autores, incluso momentos de un mismo autor en que se nos haga especialmente reconocible esa aportación de la memoria, muchas veces referida a su propia tierra o a su infancia y adolescencia y juventud. Yo he pensado en los creadores que me acompañan en esta mañana.

Luis Mateo Diez es muy reconocido por críticos y lectores como visitador frecuente de los territorios del recuerdo, y creo que él mismo lo asume y cultiva. Lo mejor de sus obras, desde *Memorial de hierbas* (Atención al título) hasta *La mirada del alma*, son acarreos que vienen de atrás y se actualizan y renuevan en un crisol exigente.

Ramón Carnicer empezó en narrativa con *Cuentos de ayer y de hoy* libro con notorios préstamos de lo ya vivido, tomados a veces con una fidelidad que molestó a algunos de los posibles inspiradores de personajes, aunque siempre -que yo sepa- el roce se resolvió en abrazo y, naturalmente, las memorias de Carnicer propiamente dichas, que se llaman *Friso menor* y *Codicilo*

Lo de Gamoneda, en su condición de poeta, podría parecer que va por otros caminos, sobre todo en su época madura. Pero sólo sería una apariencia engañosa. Hay poetas incautos que sacudidos por una emoción se ponen inmediatamente sobre el poema, y esos suelen ser poemas malos. La mejor poesía consiste en una conmoción recordada en la estabilidad.

Tu serenidad era la servidora del desprecio.

Como animales sosegados, hartos de indiferencia,

Nos conducías a la frecuentación de los notables y

A las acacias inmóviles sobre la oscuridad del río.

Este poema es un fruto de la memoria. Este temblor retardado es el que ha casado las palabras para hacer un poema memorable.

Imaginando un habitante del futuro, inquieto por el deseo de saber lo que fueron la tierra y las gentes en un determinado momento histórico -pongamos estas últimas décadas del siglo y del milenio- pienso que mejor que en las crónicas puntuales tendrá luz en las creaciones literarias Que nosotros les dejamos en nuestros libros. Me conviene citar las palabras de Faulkner en su discurso de recepción del Nobel:

"La meta de todo artista es detener el movimiento, que es la vida, por medios artificiales, y fijarlo de un modo que, cuando un extraño contemple su obra, un siglo más tarde, ésta se ponga en movimiento, puesto que es la vida".

= = = = = = = = =

El tiempo de esta mesa plural debe ser repartido, y algo tendré que decir de mi propia experiencia, quizá con vista menos clara que al contemplar la obra ajena.

Mis primeros libros fueron de poesía. Por ejemplo: *El regreso*

Conviene decir, aunque sea entre paréntesis, (que la poesía es ocasión de ejercitar esa potencia del alma que es la memoria, porque el ritmo, y mucho más la rima, van ayudando a que las palabras y las ideas se asocien y vengan a la pluma. Pero yo me estoy refiriendo en estas reflexiones a la memoria como rescate de hechos y pensamientos y sentimientos que fueron y ya no son. En *El regreso* fui un poeta arraigado, si atendemos a aquella clasificación de Dámaso Alonso, lo que me hacía sentirme, por ejemplo, más cerca de Leopoldo Panero que de Blas de Otero. "El regreso" a que alude el título no era físico sino del alma, y el libro estaba lleno de evocaciones de familia, de amistad y de país de origen. Por ahí siguieron otros poemarios, incluso los de temática cosmopolita, o por lo menos foránea, como el *Cancionero de Sagres* que dediqué a Portugal. Pero será más adelante, en *Dibujo de figura*, donde la remembranza, la resurrección del pasado, va a producirse en forma más punzante. Ahora creo que no es ajeno a este hecho el estado en que escribí el poemario. Yo estaba privado totalmente de la vista -nada definitivo, gracias a Dios-, y por primera vez le dictaba mis versos a un aparato. Los recuerdos los "veía" (es un decir) en relieve y en color, y la poesía era conmemoración:

CIRCULABAN rumores,

fuentes bien informadas proveían

detalles temblorosos, la curvada

figuración de un cuerpo entre dos luces

la toponimia oscura de sus huecos,

el cuido con que hay que jardinearlo

y eso que los maestros

llaman la hora tonta,

el tiempo imperdonable de la recolección.

Como pájaros nuevos aprendíamos

y una tarde sin viento nos soltaban

y había que volar.

Yo conmemoro

el inmenso desierto, la distancia infinita

si la andan unos dedos primerizos,

entre un rostro sabido y la profunda

culminación de un seno,

y hoy daría

no sé lo que daría por rehacer el viaje,

que tanto me cundiera

un cuerpo de mujer.

He esbozado el tema hablando de mi poesía, y aún más podría hacerlo de las narraciones, que finalmente han venido a ocupar el mayor espacio en mi bibliografía propia. Los criticas y los lectores podrán decirlo mejor que yo, pero acaso los relatos menos desdeñables de ese catálogo sean los que se apoyan en la remembranza. Citaré como muestra *El ingeniero Balboa*. Es un relato trémulo -y no suelo hacerlo con mis escritos-, se me alivia el pesar de que algún árbol haya muerto para

convertirse por mi culpa en papel de imprenta.

Y termino. Esto de la memoria en la creación literaria tiene también sus sombras, sobre todo en el vicio de la dependencia excesiva. O sea, que es cuestión de encontrar la dosis, como en la medicina o en la cocina. Porque tampoco es mala cosa dejar que los muertos entierren a los muertos, despegarse de lo ya vivido, tratar de acercarse al ideal -inalcanzable- de la creación "ex novo".

Pero esto requiere más tiempo. Y además, aunque me dieran toda una semana, dudo que yo supiera explicarlo. Conque hasta más ver y muchas gracias.